
VIGESIMA PRIMERA HOMILÍA.

LA CASA DE ORACION CONVERTIDA EN CAVERNA DE LADRONES,

Ó RESPETO Y PROFANACION DE LOS TEMPLOS.

Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis omnes eiecit de templo, oves quoque et boves, et nummulariorum effudit aes et mensas subvertit. (JOAN, II.)

Y haciendo de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo, y las ovejas y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó las mesas.

¡Qué extraño y singular espectáculo nos presenta el Evangelio en este pasaje! El Dios salvador, cuyo corazón no late sino con las emociones de la bondad y del amor, cuya mirada es tan tierna, tan dulce su palabra, tan simpática su fisonomía y tan afectuosa su mano; Él, cuyo continente no anuncia más que mansedumbre y compasión, que responde con beneficios á las ofensas, á las calumnias con silencio, á los insultos con una paciencia inalterable, á las blasfemias con el perdón, se muestra repentinamente ardiendo en indignación, con la frente amenazadora, los ojos centelleantes y el gesto severo; después se arma de un azote, pega, hiere y rompe golpeando á derecha é izquierda, sin distinción, sin miramiento, á los que venden y compran en el templo los objetos necesarios al culto; arroja á los cambiantes, esparce por tierra el dinero, dispersa á las víctimas y pone en fuga á la multitud de profanos. ¡Qué enormidad debe ser profanar el templo de Dios, puesto que este crimen inspira tal celo, tal indignación en Dios! ¡Qué crimen, cuando el Juez cree deber castigarlo por su propia mano, y lo hace con tanta prontitud, tan

severa, tan pública y tan solemnemente, sin admitir excusa, sin esperar el arrepentimiento, sin mostrar piedad!

Por eso al mismo tiempo que el Salvador arroja y pone en fuga, con el azote en la mano, á la turba, grita con el tono de la indignacion y la venganza, segun los Evangelistas: «Escrito está: Mi casa, casa de oracion será llamada; mas vosotros la habeis hecho cueva de ladrones» (1). Hé aquí que por estos símiles y figuras, casa de oracion, oficina de tráfico, cueva de ladrones, el Señor ha querido, uniendo á la demostracion de la accion la energía de la palabra, darnos la verdadera idea de nuestros santos templos, del pecado que cometen los profanadores y del castigo que se les reserva.

Expliquemos estas tres figuras, y aprendamos á respetar el templo si queremos obtener las gracias que se nos han prometido; aprendamos á evitar la profanacion si queremos librarnos del castigo que nos amenaza.

PRIMER PUNTO. El hecho de que nos da cuenta el Evangelio tuvo lugar en el domingo que llamamos de Ramos, cinco dias ántes que nuestro bien amado Salvador se hiciese inmolar como Víctima por nosotros. Sucedió despues de haber hecho su entrada triunfal en Jerusalem, entre las aclamaciones de todo un pueblo, que, como San Mateo dice, se fué inmediatamente al templo (2). No nos sorprendamos, nos dice San Juan Crisóstomo; el templo de Dios, hasta para Dios mismo, es la verdadera casa de oracion. Correspondia, pues, á Jesucristo, Hijo amante, Hijo consustancial de Dios, dirigirse á la casa de su divino Padre para rogarle y ofrecerle un culto y un homenaje públicos (3). Y vosotros tambien, cristianos, añade San Juan Juan Crisóstomo, aprended de este ejemplo del Salvador, y en cualquier pueblo á donde llegueis, dirigid vuestros primeros pasos á la iglesia, á la casa de Dios, nuestro Padre celeste, para presentarle el homenaje de vuestra oracion, de vuestra adoracion, de vuestro amor (4).

(1) Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis eam speluncam latronum. (*Matth.*, XXI.)

(2) Cum intrasset Jerusalem... et intravit Jesus in templum. (*Matth.*, XXI.)

(3) Hoc enim erat proprium boni filii ad domum currere Patris ut ei honorem redderet. (*S. Joan. Chrys.*)

(4) Et tu imitator Christi factus, in quacumque civitatem fueris ingressus primo ad ecclesiam curras. (*S. Joan. Chrys.*)

¡Cuán bella y profunda es esta alegoría en que Dios mismo nos da la verdadera idea de su templo, llamándole «la casa de oracion!»

Hagamos por comprender bien el sentido. Observemos ahora que la palabra *oracion* es un término genérico, que expresa, no solamente la súplica, sino la adoracion, la alabanza, el sacrificio y todo acto de culto de parte del hombre para con Dios. Luego el templo casa de oracion significa que, si bien toda la tierra, como dice San Agustin (1), es un vasto templo donde Dios puede recibir los homenajes y escuchar las oraciones de los niños y de los hombres, los templos que se ha hecho erigir los ha elegido, dice el Profeta, como un lugar que le pertenece particularmente, que le ha sido exclusivamente dedicado y consagrado, donde ese Dios, que tiene su córte en el cielo, recibe particularmente las oraciones, los homenajes, las adoraciones y los sacrificios de los habitantes de la tierra. Y, en efecto, en el templo es donde los hombres, reuniéndose, se olvidan de ellos mismos para no ocuparse más que de Dios y la religion, elevándose más allá de los sentidos y penetrando á traves del velo que cubre la Divinidad, deponiendo los grandes el fausto de su pasajera grandeza, é inclinándose ante la grandeza suprema (2). Allí es donde todos los rangos de la sociedad, todos los estados, todas las condiciones, hombres y mujeres, niños y adultos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, vasallos y monarcas, seglares y sacerdotes, se confunden sin distincion, formando un solo pueblo ante Dios, y Dios solo aparece grande y es de una manera sensible reconocido, confesado, adorado como el Dios de todas las condiciones, de todos los estados. Allí es donde el Señor y Maestro de todos recibe un culto público, solemne, reúne todos los corazones en el amor de un Padre comun, de un comun Soberano, recibe un culto que, siendo la reunion de todas las adoraciones particulares, forma como una adoracion universal y pública. Allí es donde aparece verdaderamente Dios (3). Por eso la Iglesia, inspirándose en los oráculos sagrados, no cesa de dirigirnos esta exhortacion: Venid, adoremos al gran Rey por quien todo tiene vida en el

(1) Omnis locus oratorium. (*S. Aug.*)

(2) Dominus in templo sancto suo, Dominus in caelo sedes ejus. (*Ps.* X.)

(3) Exaltabitur autem Dominus solus in die illa. (*Is.*, II.)

universo (1). Venid á mezclar vuestras adoraciones con las de los ángeles, porque del templo, como de su palacio terrestre, nuestras oraciones se elevan á su palacio celestial (2).

Pero *oracion* significa tambien *sacrificio*, porque, en efecto, si el primero y mayor sacrificio del hombre á Dios es humillarse, inclinarse ante Él, rogarle como Príncipe, Manantial, Maestro y Árbitro de todo bien, hay en eso, dice Clemente de Alejandría, lo que puede llamarse, segun San Pablo, el sacrificio de los labios (3). El templo, casa de oracion, es, pues, el lugar donde debemos ofrecer á Dios el sacrificio de alabanza.

La oracion comprende tambien el sacrificio inmolacion real, porque el sacrificio es el acto de latría, es la adoracion, la oracion por excelencia. Luego cuando Dios afirma que el templo es la casa de oracion, exige de nosotros que vayamos al templo para ofrecerle un sacrificio. En efecto, de toda la inmensa multitud de judíos que tres veces al año, segun la ley de Dios, venía de la Palestina á rogar en el templo de Jerusalem, no habia uno que no ofreciese un sacrificio (4). Así, en las vastas explanadas del templo se vendian en gran cantidad, no solamente bueyes y corderos, sino palomas y tórtolas, para que el pobre que no pudiese comprar el buey ó el cordero, pudiese al ménos comprar la paloma ó la tórtola; porque de esta manera, dice San Jerónimo, no hubiese quien dejase de ofrecer su sacrificio (5), puesto que la ley habia prescrito que no se presentase nadie ante Dios con las manos vacías (6).

Debemos, pues, presentarnos en el templo con la disposicion santa, generosa y determinada de que estaba animado el Profeta, cuando decia: «Si quereis de mí un sacrificio, estoy pronto á ofrecerlo» (7).

(1) Regem cui omnia vivunt, venite, adoremus. (*Offic. def.*)

(2) Adorate Deum omnes angeli ejus; adorate Dominum in aula sancta ejus. (*Ps. xcvi.*)

(3) Sacrificium labiorum. (*Clem. Alexandr.*) Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo, fructum laborum confitentium nomini ejus. (*Hebr., xiii.*)

(4) Ter in anno apparebit omne masculinum tuum coram Domino Deo tuo. (*Exod., xxiii.*)

(5) Ne absque sacrificio essent. (*S. Hieron.*)

(6) Non apparebit coram me vacuus. (*Exod., xxiii.*)

(7) Quoniam si voluisses sacrificium dedissem utique. (*Ps. l.*)

Pero ¿cuál es el sacrificio que Dios exige de nosotros en el templo? ¿Puede ser el de las cosas exteriores y sensibles? No, esos holocaustos, á los cuales ha sucedido el grande y sublime holocausto de su Hijo en la cruz, perpetuado en la Eucaristía, no le son ya agradables (1). El sacrificio que nos pide, que no rechaza, que le es siempre agradable, es el de nosotros mismos, que debemos unir al sacrificio de su Hijo, ofreciéndonos á Él y con Él; es el sacrificio de un espíritu inclinado por la humildad, de un corazon henchido de contricion y amor (2). Por eso debemos, con el Profeta, añadir esa oracion que Dios acepta con la misericordia y bondad que prodiga á la nueva Sion, á la Iglesia, levantar un muro de division entre la mística Jerusalem de nuestro corazon y las profanas inclinaciones del mundo (3), y entonces, recogidos y concentrados en nosotros mismos, podremos deponer en el altar nuestras pasiones y nuestros vicios, é inmolarnos á Dios en sacrificio de justicia y de santidad (4).

Pero esa expresion parabólica con que Dios ha designado el templo, llamándole casa de oracion, encierra otro sentido, fuente abundante de confianza y de consuelo para nosotros. Significa que como el templo es el lugar donde la Divinidad pide sea particularmente honrada, aunque toda la tierra sea el templo de Dios y el teatro de la divina misericordia (5), el templo es el lugar donde Dios se complace más en ejercer esa misericordia y en hacerla reinar como en su propia casa, la habitacion que prefiere y donde se complace más, y, en fin, que ha hecho del templo el trono de su majestad y el santuario de su amor.

Como en el templo hacemos más por la solemnidad del culto, tambien allí se complace Él en hacer más por nosotros. El amor le hace descender y permanecer en esos edificios materiales. Luego si en el cielo, Señor y Árbitro del mundo, prepara sus rayos, enciende el fuego vengador y lo envia á devorar la tierra,

(1) Holocaustis non delectaberis. (*Ps. l.*)

(2) Sacrificium Deo spiritus contribulatus, cor contritum et humiliatum Deus non despicias. (*Ib.*)

(3) Benigne fac, Domine, in bona voluntate tua Sion, ut ædificentur muri Jerusalem. (*Ib.*)

(4) Tunc acceptabis sacrificium justitiæ, oblationes et holocausta, tunc imponent super altare tuum vitulos. (*Ib.*)

(5) Misericordia Domini plena est terra. (*Ps. xxxii.*)

cuyos crímenes han llegado al colmo, al contrario en los templos, todo amor, no medita más que deseos de amor, de paz y misericordia. En el cielo ejerce la justicia, en el templo la clemencia y la piedad. En el cielo amenaza al pecador con el castigo, en el templo le ofrece el perdón. Desde el cielo hace llover el fuego que hiere y arrasa (1), en el templo derrama el bálsamo de la piedad que cura y restaura (2); y es porque en cualquier otro lugar ha fijado una mirada escrutadora y vengadora de la molición de los hombres, y en el templo particularmente ha depositado su amor (3).

Hé aquí por qué también ha dicho que el templo es la casa de oración. Ha querido mostrar que allí ha establecido, no solamente un trono de gloria para Él, sino también un lugar de consuelo, de asilo, de misericordia y de gracia para los hombres. Si Dios concede las gracias al mérito de la oración, y las que escucha más favorablemente son las que se le dirigen en el templo.

En el cielo es necesario merecer las gracias, aquí basta pedir las. Los votos formados al pie de los altares son particularmente los que, llevados en manos de los ángeles, atraen fácilmente las miradas de Dios y alcanzan sus gracias y bendiciones. En el cielo las gracias se distribuyen con peso y medida; en el templo, el amor divino las derrama con profusión. Allí sólo las almas privilegiadas son admitidas á presentar sus oraciones á Dios y esperar los efectos de ellas: aquí se les admite á todos sin excepción, áun á los pecadores. La Iglesia es, pues, no solamente la sala del trono donde el Rey de los cielos recibe todos los homenajes, sino la gran sala de audiencia donde escucha todas las súplicas. Aquí no se necesitan títulos ni escudos nobiliarios; no hace falta, ni hombre poderoso que os recomiende, ni introductor que os presente; el Rey de la misericordia y de la bondad los admite á todos á exponer sus necesidades, á implorar sus socorros; nadie es rechazado, ninguno excluido; aquí, como Él ha dicho en el Antiguo y Nuevo Testamento, sus ojos están abiertos para las miserias de todos, sus oídos

(1) Si clausero cœlum et pluvia non fluxerit et mandavero et præcepero locustæ ut devoret terram et misero pestilentiam in populum meum. (II, Paralip., VII.)

(2) Propitius ero peccatis eorum et sanabo terram eorum. (Ib.)

(3) Ut permaneant oculi mei et cor meum ibi. (Ib.)

están atentos para escucharlo todo, su mano pronta para socorrerlo todo (1).

Es verdad que no vemos en nuestros templos esos prodigios exteriores y sensibles de poder, de majestad, de terror y de espanto que tenían lugar en el templo de Jerusalem; pero en cambio se operan prodigios de gracia y misericordia en lo más secreto de los corazones, y esos prodigios, por estar velados y enteramente ocultos, no son menos sorprendentes y preciosos. Cuando el cristiano está agobiado por el peso de la tribulación y de la vida, va á llamar á la puerta de una iglesia, cae de rodillas, reza, y con la oración se eleva hasta el cielo. En el recinto de esos muros santificados por la presencia de Dios, su alma respira una atmósfera de santidad y gracia que no puede penetrarse ni respirarse sin sentirse aliviados. Si es verdad que de las reuniones profanas, de los bailes y los teatros se sale siempre menos hombre, al contrario, de nuestros santos templos, cuando se ha estado con la modestia y el recogimiento conveniente, se sale siempre más cristiano. Dadme al más pecador, al más vicioso, al más gangrenado; hacedle entrar en el templo y que permanezca algunos instantes como cristiano, y es imposible que no sienta nacer en su corazón un secreto disgusto de su mala vida, un atractivo por la virtud, un deseo de conversión, una esperanza de perdón y de salud; y si quiere corresponder á esta primera gracia, se ha convertido, se ha salvado. ¡Ah! Casa de oración significa que no solamente es allí donde debe orarse, sino donde la oración es atendida. Pero no, me engaño; hay una oración que no es acogida en ninguna parte, ni áun en el templo; una oración prohibida por la defensa de Dios mismo: la que se haga por la salud de los profanadores del templo, puesto que Dios mismo dijo: Profeta, no ruegues á Dios por Israel; la voz de la venganza que se eleva hácia Mí á causa de sus profanaciones, habla contra ellos; en vano la voz de vuestras lágrimas hablará en su favor. Israel no es ya mi pueblo más que para insultarme hasta en mi casa. Pues bien, Yo no soy ya su Dios más que para castigarlo (2).

(1) Oculi mei aperti sunt et aures meæ erectæ ad orationem ejus. (II, Paralip., VII.)

(2) In domo mea fecit scelera; tu ergo noli orare, quia non exaudiam. (Jerem., XI.)

Hé ahí cómo significa también que el templo es casa de oración: por eso el pecado de los que le profanan es más grande y más imperdonable. En el foro de la justicia humana no hay atentado más injurioso para el príncipe, que el que se comete contra él á su presencia, en su mismo palacio; porque es una violación de su morada y un ultraje á su persona, que prueba el desprecio á la majestad y el poco miedo á la justicia.

Pues tal es el crimen del que profana el templo. Este pecado se introduce hasta en el santuario, se pone ante el altar como para provocar frente á frente la majestad del Altísimo y desafiar el rayo de su venganza. ¿No teneis, pues, decía á los profanadores el apóstol San Pablo, casas para comer en ellas y beber á vuestro placer? ¿Por qué venis á insultar á Dios hasta en su iglesia? (1). ¿No teneis bastantes lugares sospechosos, bastantes malos teatros para satisfacer vuestra lascivia, bastantes plazas públicas para hacer triunfar el escándalo, bastantes salones de baile para divertirlos, bastantes círculos donde se corteja á las mujeres, bastantes cafés para tratar de negocios y hablar de noticias, bastantes espectáculos profanos y paseos para pasar alegre el tiempo? ¿Por qué, pues, peores que los mismos judíos que fueron á apoderarse de Jesucristo en un huerto y le respetaron en el templo, por qué venis hasta á la iglesia á insultar á ese Dios salvador, burlaros de Él y crucificarle de nuevo profanando su templo?

San Pablo ha dicho que el cristiano que peca es un judío que crucifica segunda vez en el mismo Jesucristo al Hijo de Dios (2). Pues esta palabra tan enérgica y tan profunda del gran Apóstol se verifica á la letra en la profanación de las iglesias. En efecto, todos los días se renueva en el altar el sacrificio del Calvario, y según la manera con que asisten á él muchos cristianos, se renuevan también los horribles misterios de la iniquidad judaica, que hicieron temblar de horror la santa montaña. Por un buen ladrón que le defiende y hace su apología, por algunas mujeres piadosas que con María y Juan le asisten, hay también un ladrón que le blasfema, un pueblo desenfadado que le in-

(1) Numquid domos non habetis ad manducandum et bibendum? Aut Ecclesiam Dei contemnitis? (1, Cor., xi.)

(2) Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei. (Hebr., vi.)

sulta, una multitud de transeúntes que vuelven la cabeza y se burlan de Él. Y en efecto, por algunas almas fieles, por algunos penitentes sinceros que, humillados y recogidos fervorosamente le adoran, le alaban, le ruegan y le rinden homenaje, hay muchos impíos que no creen en el sacrificio, audaces, imprudentes que, con sus irreverencias, turban al sacrificador é insultan al sacrificio; hay una turba de almas endurecidas que no hacen más que pasar por la iglesia, echar una mirada desdeñosa, ó por lo ménos indiferente, al gran misterio, volviendo la cabeza á todos lados en señal de desprecio, desdeñando todo acto de religión y aún articular una oración humilde, uniendo la burla á la blasfemia contra Dios, que se hace Víctima por ellos.

¿Por qué sacrilegio tan audaz? Hombres sin fe y sin pudor, ¿no os basta que os abandonemos el resto de la tierra? Os dejamos disfrutar pacíficamente de las casas, de las calles, de las plazas, de las reuniones, de los teatros. ¿Por qué no nos dejáis al ménos el libre uso de las iglesias? ¿Vamos nosotros acaso á turbar vuestras locas diversiones, vuestros corruptores placeres, vuestros escándalos, vuestras orgías, vuestras intrigas? ¿Por qué venis á las iglesias á distraernos de nuestras oraciones, á turbar nuestras ceremonias sagradas? ¿Os falta sitio para ofender á Dios, para que vengais á insultarle en su templo, como si la tierra entera no bastase á la licencia de vuestras pasiones? No permitis que os falte nadie al respeto en vuestras casas, y os guardais bien de faltar á nadie en la suya: pues ¿por qué venis á insultar á Jesucristo en su propia casa? ¿Dios deberá, pues, ser el solo que no encuentre donde ponerse á cubierto de vuestros insultos? ¿Tal vez temeis que la voz de vuestros escándalos no se levante bastante para gritar venganza contra vosotros, y que-reis unir á ella el grito de las abominaciones que llevais al lugar santo? ¿Tal vez temeis que vuestros vicios no basten para perderos si no forzais á que se levante contra vosotros la voz de la sangre de Jesucristo indignamente profanada en nuestros santos templos?

¡Ah desgraciados! Si pecais en otra parte, podréis al ménos refugiaros en la iglesia para encontrar misericordia; pero profanando la iglesia, ¿á dónde acudiréis para implorar socorro? ¿Dónde encontrar un lugar que os abrigue, un asilo que os pro-